

La libertad interior según Jacques Philippe

Mariusz Kielbasa

Licenciado en ingeniería informática, estudiante de teología (Roma)

INTRODUCCIÓN

Vivimos en un mundo de grandes avances de la tecnología, en un mundo de notables progresos científicos, en un mundo donde parece que todo nos ayuda a ser más libres. Paradojicamente la experiencia nos muestra una realidad diversa. Nos sentimos cada vez más cansados. El tiempo corre más rápido. No logramos hacer lo que realmente nos gustaría. Nos damos cuenta de que con frecuencia nuestro alrededor nos influye tanto que nos esclaviza. En dicho contexto intento encuadrar el presente estudio para reflexionar sobre el tema de la libertad.

Es un tema de actualidad pero no siempre se entiende correctamente – suele ser confundido con libertinaje. El tema de la libertad es además un tema muy importante porque toca un aspecto fundamental de la persona – su dignidad.

¿Qué es la libertad? Es la primera pregunta que viene a la mente al tratar el tema. En general se puede decir que «es la capacidad del ser humano de hacer algo según su voluntad deliberadamente»¹. Existen dos tipos de libertad: exterior e interior. La libertad exterior se puede definir como «poder de hacer o de dejar de hacer algo, sin que nada o nadie externo a nosotros nos lo impida o nos obligue»². Dentro de esa podemos individuar dos tipos: la libertad física (ausencia de obstáculo externo) y la libertad civil (ausencia de la ley). La libertad interior, a su vez, «es la capacidad que tiene el hombre de elegir una cosa u otra, de hacer o no hacer una acción cuando, mediada la deliberación, se dan todas las condiciones requeridas para ello sin ser obligado»³.

¹ Cf. R. LUCAS LUCAS, *Explicame la persona*, Edizioni ART, Roma 2010, 107.

² *Ibid.*, 107.

³ *Ibid.*, 108.

Se ha escrito mucho al respecto. Con el presente estudio no pretendo hacer exposición ordenada de las mejores posiciones de literatura sobre la libertad, sino más bien presentar un punto de vista, una serie de reflexiones que propuso en su libro *La libertad interior* el P. Jacques Philippe. Como el mismo título de la obra lo revela, me limitaré sólo al ámbito de la libertad interior, a veces llamada también libertad de espíritu, o simplemente libertad.

El autor es un sacerdote francés, nacido en Lorraine en 1947. Después de varios años de carrera científica, al encontrarse con la recién fundada Comunidad de las Bienaventuranzas, descubrió su vocación al sacerdocio. Pasó un tiempo en Tierra Santa y en Roma estudiando teología y Derecho Canónico. Al regresar a Francia se dedicó sobre todo a la dirección espiritual, a la predicación de retiros y a la enseñanza. Como fruto de su experiencia pastoral nacieron cinco libros, entre ellos *la libertad interior*.

A continuación expongo en tres capítulos el pensamiento del P. Philippe en torno a la libertad interior. En el primero, después de haber visto conceptos erróneos de la libertad, hablo de la libertad de creer, de esperar y de amar para concluir con tres actitudes en situaciones difíciles. En el segundo considero la libertad como aceptación de sí mismo, del sufrimiento y de los demás. El tercer capítulo está dedicado a la libertad interior en relación con el momento presente. Concluyo con algunas reflexiones generales sobre el pensamiento de J. Philippe.

I. LIBERTAD INTERIOR

1. Conceptos erróneos de la libertad

Asociamos la libertad casi espontáneamente con el derecho a la autonomía. Es muy común encontrar personas, sobre todo jóvenes, que buscan evadir toda forma de autoridad. No obstante, la verdadera libertad la encontramos en la medida en que nos damos cuenta de nuestra total dependencia del Creador. Cuanto más obedecemos a Dios en la fe tanto más libres somos, porque Él es el fundamento de nuestra libertad. «La auténtica libertad es menos una conquista del hombre que un don gratuito de Dios, un fruto del Espíritu Santo recibido en la medida en que nos situemos en una amorosa dependencia frente a nuestro Creador y Salvador»⁴. Los santos son un maravilloso ejemplo

⁴ J. PHILIPPE, *La libertad interior. La fuerza de la fe, de la esperanza y del amor*, Rialp, Madrid 2009¹², 16.

de que esta afirmación es verdadera y que se cumple la promesa de Cristo: «Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 16, 25).

Muchas veces consideramos la libertad también como algo que depende de las circunstancias exteriores en las que nos encontramos. En parte eso es verdad, porque pueden darse obstáculos que hay que remediar para conquistar la libertad. Pero tampoco podemos olvidar que – dice el P. Philippe – «incluso aunque desapareciera de nuestras vidas todo cuanto creemos que se opone a nuestra libertad, no existiría garantía de acabar consiguiendo esa plena libertad a la que aspiramos». Y añade: «Cuando superamos unos límites, siempre aparecen otros detrás»⁵. Sólo cuando logramos darnos cuenta de que ser libre es ante todo una realidad interior empezamos a «dominar» las contrariedades.

El querer ser libre nos empuja con frecuencia a un desordenado deseo de ejercitar nuestra capacidad de transformar la realidad. Siempre queremos ir más lejos, más deprisa. Ya no nos bastan los deportes tradicionales – buscamos deportes de riesgo. No nos basta tener hijos – queremos poder escoger su sexo antes de que nazcan. Todo eso en nombre de la libertad. ¿Pero es una libertad verdadera la que nos hace esclavos hasta llevarnos al suicidio? «¡Cuántos jóvenes desaparecidos por el exceso de velocidad o por la sobredosis de heroína! ¡Por un anhelo de libertad que no ha sabido hallar el auténtico modo de hacerse realidad!»⁶.

Si la libertad no es una autonomía absoluta, ni algo que depende de las circunstancias exteriores en que nos encontramos, ni tampoco un creciente dominio sobre la realidad: ¿qué es entonces?

2. Libertad de creer, de esperar y de amar

El P. Philippe la presenta de la siguiente manera:

La verdadera libertad, esa libertad soberana del creyente, consiste en que éste, en cualquier circunstancia y gracias a la asistencia del Espíritu Santo, que ayuda nuestra debilidad, cuenta con la posibilidad de creer, de esperar y de amar. Nadie se lo podrá impedir jamás⁷.

⁵ J. PHILIPPE, *La libertad interior...*, 18.

⁶ *Ibid.*, 20.

⁷ *Ibid.*, 26.

Esta afirmación se basa en el hecho de que Dios nos creó por amor y su amor hacia nosotros es eterno. Es precisamente ese amor que nos da la garantía de nuestra libertad. Lo dice San Pablo en la carta a los romanos:

Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, Señor nuestro (*Rm* 8, 38-39).

¿Quién nos puede impedir creer en Dios, poner en Él toda nuestra confianza y amarle con todo el corazón? ¿Con qué medios? Esa es la grandeza de la verdadera libertad: no existe ninguna manera de quitársela a alguien que no renuncia a ella voluntariamente. Ninguna circunstancia exterior nos puede esclavizar si no se la permitimos. Quien logra entender y vivir según esta verdad alcanza esa libertad soberana. «El crecimiento en la fe, la esperanza y la caridad es la única vía de acceso a la libertad»⁸.

3. Tres actitudes en situaciones difíciles: rebelión, resignación, aceptación

La libertad tiene que ver mucho con las situaciones que consideramos como negativas. Esas son momentos especiales en los que podemos ejercitar nuestro libero arbitrio de varias maneras. Hay principalmente tres actitudes típicas que pueden darse cuando experimentamos algo difícil en la vida: la rebelión, la resignación y la aceptación.

Por naturaleza no nos gusta padecer acontecimientos contrarios a nuestros planes. Por ello cuando el sufrimiento llega a la puerta de nuestra vida, con frecuencia de manera espontánea respondemos con rebelión. Este comportamiento puede ser justificado en algunas ocasiones, pero en realidad no nos soluciona nada. Peor, nos añade más peso. En vez de sufrir sólo a causa de la situación desfavorable, tenemos que cargar con otro sufrimiento causado por nuestras pasiones.

Otra actitud tampoco positiva es la de resignación. En frente de los acontecimientos que nos parecen imposibles de cambiar declaramos la impotencia y nos contentamos con la situación, pero no nos queda esperanza. Es algo más positivo que la rebelión pero no es suficiente. Con esta actitud nunca lograremos ser verdaderamente libres. Nos quedará el sabor de no ser realizados, de no haber cumplido con nuestra misión.

⁸ J. PHILIPPE, *La libertad interior...*, 27.

La que debemos buscar en cada circunstancia difícil es la actitud de aceptación. Esa es la que nos lleva a ser libres independientemente de lo que nos sucede. Tiene como fundamento la confianza en la omnipotencia de Dios. Él, siendo amor, nunca permite que padezcamos algo que no sea bueno para nosotros. El poder de su amor es poderoso incluso sobre el mal que nos afecta y saber sacar el bien para nuestra alma.

La diferencia entre la rebelión, la resignación y la aceptación está en nuestro corazón. Es la actitud con la que afrontamos la realidad y esa depende totalmente de nosotros. Nadie la puede manipular, si no le permitimos libremente.

II. LIBERTAD Y ACEPTACIÓN

1. *Libertad como aceptación*

El tema de la libertad como aceptación es el tema central del libro del P. Philippe. Hemos visto en la introducción que la libertad consiste en la elección deliberada entre diferentes opciones. Pero existe otro modo de ejercerla, que en definitiva, desde el punto de vista humano y espiritual, es más fecundo que el primero. «La libertad no es solamente elegir, sino aceptar lo que no hemos elegido»⁹. Es una tesis un poco sorprendente. En el primer momento se parece a una tesis de tipo quietista que invita a ser pasivo frente a las dificultades. Pero nada más equivocado. Aceptación es una actitud muy activa que requiere mucho dominio de sí mismo. Saber aceptar algo difícil, algo que no elegimos muestra que realmente somos libres, que las circunstancias exteriores no son capaces de hacernos esclavos de las emociones. Dice el P. Philippe:

El acto más elevado y fecundo de libertad humana reside antes en la aceptación que en el dominio. El hombre manifiesta la grandeza de su libertad cuando transforma la realidad, pero más aún cuando acoge confiadamente la realidad que le viene dada día tras día¹⁰.

Siendo realistas, nos damos cuenta que en nuestra vida hay muchos aspectos que no elegimos: el momento en la historia y el lugar donde nacimos, los papás, el sexo, etc. No obstante, el hecho no significa que no podemos ser

⁹ J. PHILIPPE, *La libertad interior...*, 30.

¹⁰ *Ibid.*, 30.

libres. Más, tenemos al lado tantas personas que, a pesar de su gran sufrimiento, nos dan testimonio de haber alcanzado la verdadera felicidad.

La dificultad de aceptar la realidad surge cuando esa es para nosotros difícil. Al principio nos parece que no podemos reaccionar de otra manera que siguiendo las emociones y los instintos. En situaciones de ese género se muestra la grandeza del hombre. Se revela lo que nos hace diferentes de los animales. Incluso, aunque parezca que no podemos hacer nada, tenemos este espacio interior donde podemos decidir según la razón. Nadie nos lo puede quitar porque el mismo Dios nos lo garantiza.

Existe incluso una paradoja que «las situaciones que nos hacen crecer de verdad son precisamente aquellas que no dominamos»¹¹. Exigen de nosotros el esfuerzo de ejercitarnos en nuestra libertad. Si todo fuera siempre de acuerdo con nuestra voluntad, ¿qué certeza tendríamos de que somos realmente libres?

Las tres áreas principales donde podemos ejercitar nuestra libertad en forma de aceptación son: aceptación de sí mismo, aceptación del sufrimiento y aceptación de otros. Las vamos a ver brevemente en los siguientes apartados.

2. La aceptación de uno mismo

Cuando nos decidimos en serio a vivir la vida siguiendo el camino a la santidad llegamos en cierto momento a un punto donde nos damos cuenta que aceptarse a sí mismo no es una tarea fácil. Con el paso de los años nos conocemos cada vez mejor. A medida que nos acercamos a la luz de la verdad, a Dios, descubrimos la «gran nada» que somos, descubrimos tantos defectos que antes no notábamos. Y precisamente estas imperfecciones pueden causarnos problema con la verdadera aceptación de lo que somos. En el camino a la perfección es importante saber que «el gran secreto de toda fecundidad y crecimiento espiritual es aprender a dejar hacer a Dios»¹². Sin Dios no podemos hacer nada (cf. *Jn* 15, 5). Pero para que Él pueda obrar algo en nosotros es indispensable que reconozcamos lo que somos. Sólo entonces podemos ser libres para cambiar en nuestra conducta, con la gracia de Dios, lo que hace falta cambiar. Como no se puede construir una casa estable si

¹¹ J. PHILIPPE, *La libertad interior...*, 31.

¹² *Ibid.*, 34.

no ponemos primero los fundamentos, así no se puede construir la santidad sin aceptarnos. Como, cuando no hemos todavía puesto los fundamentos, de nada sirve tratar de convencernos que sin ellos podemos llegar a tener un edificio sólido, así de nada sirve tratar de convencernos que sin aceptarnos podemos llegar a la santidad. Hay que reconocerlo primero, ponerse a trabajar y entonces llegará un momento cuando Dios con su gracia completará en nosotros su obra.

Un error común entre los creyentes es el de pensar que Dios nos ama sólo cuando nos comportamos bien. Nada más falso. Él murió por nosotros cuando éramos todavía pecadores. El amor es gratuito, no se puede merecer. Dios nos ama no por algo que hicimos sino por lo que somos: sus criaturas predilectas. «La persona a la que Dios ama con el cariño de un Padre, que quiere salir a su encuentro y transformar por amor, no es la que a mí me gustaría ser o la que debería ser; es, sencillamente, la que soy»¹³. No progresamos en la vida interior porque no nos aceptamos y de esta manera no dejamos a Dios trabajar en nuestra alma. Él nos conoce mejor que nosotros mismos. Sabe qué debilidades tenemos, en qué puntos debemos trabajar. Y, aunque parece contradictorio, es precisamente este profundo conocimiento que Dios tiene de nuestra miseria, que nos ayuda lograr verdadera libertad. Sabiendo que Dios nos conoce como somos y a pesar de esto nos ama, nos da mucha paz. Más aún, necesitamos esta mirada del Otro, como lo llama el P. Philippe, para poder ser verdaderamente libres.

La mirada que Dios nos dirige nos autoriza plenamente a ser nosotros mismos, con nuestras limitaciones y nuestra incapacidad; nos otorga el derecho al error y nos libera de esa especie de angustia u obligación, que no tiene su origen en la voluntad divina, sino en nuestra psicología enferma¹⁴.

3. La aceptación del sufrimiento

Como hemos visto, la aceptación de uno mismo es esencial para lograr la libertad interior. Ninguno que no se acepte a sí mismo podrá lograr ser libre plenamente. Pero no basta con esto. Necesitamos aprender a aceptar los sufrimientos. La tendencia natural es querer eliminarlos de nuestra vida, programar las cosas con detalle para evitar cualquier sorpresa dolo-

¹³ J. PHILIPPE, *La libertad interior...*, 34.

¹⁴ *Ibid.*, 40.

rosa. Pero por más perfectos que sean nuestros programas nunca podemos prever todas las circunstancias y siempre tendremos que afrontar algunos acontecimientos que no estén de acuerdo con nuestros deseos o aspiraciones. Aquí de nuevo lo importante es no limitarse a sufrirlos sino, en cierta manera, elegirlos¹⁵. Nuestra elección en este caso es un acto voluntario que nos permite dar un significado positivo a la realidad que puede ser en sí negativa. Si no aceptamos un sufrimiento cargamos con dos pesos: uno, del sufrimiento mismo y el otro, el que se añade al primero por el hecho de no aceptarlo. Cuanto más tratamos de alejarnos de la cruz, tanto más nos hacemos esclavos del miedo a la cruz y eso es en definitiva lo que más daño nos hace, lo que nos quita la libertad de espíritu. Mientras que «mediante el consentimiento libre y amoroso, la vida quitada se transforma en una vida entregada»¹⁶.

En momentos difíciles con frecuencia buscamos seguridades humanas. Es algo que nos es propio por naturaleza. El hombre es un ser racional y busca remediar los problemas con su inteligencia. No obstante, si no aprendemos a poner sólo en Dios nuestra esperanza, nunca llegaremos a gozar de una plena libertad interior. Todas las seguridades humanas tarde o temprano, por ser humanas, limitadas, nos llevarán a sentir una decepción.

La grandeza de la libertad humana se revela en el hecho de que el hombre, aunque no siempre tiene el poder de cambiar cuanto le rodea, no obstante, dispone de la capacidad de otorgarle un sentido a todo, incluso a lo que carece de él¹⁷. Siempre podemos amar, incluso si somos odiados. Siempre podemos esperar, aun cuando no se ve ninguna vía de salida. Siempre podemos creer que Dios es más grande que el mal y puede de todo sacar un provecho para nosotros. Cambiando nuestra actitud interior de frente a alguna realidad dolorosa dándole un sentido positivo, ejercitamos nuestra libertad en grado supremo y de la manera más fecunda posible.

4. La aceptación de los demás

Es difícil aceptarse a sí mismo, al sufrimiento, pero aceptar a los demás puede costarnos todavía mucho más. Los males que nos llegan por culpa de

¹⁵ J. PHILIPPE, *La libertad interior...*, 47.

¹⁶ Cf. *Ibid.*, 61.

¹⁷ Cf. *Ibid.*, 61.

los demás, y que no podemos ni evitar ni corregir, nos cuestan tanto porque está en juego una libertad ajena. Las “cosas materiales” que nos causan algún mal no tienen – por decir así – ninguna culpa, porque son “cosas”. En el caso de personas que nos hacen un mal, la situación es diferente. Pero tampoco podemos inmediatamente relacionar todo lo que nos cuesta con su mala voluntad. Muchas veces la causa es simplemente diferencia de caracteres. Todos tenemos un propio carácter. Vemos cosas de diversa manera, reaccionamos de modo diverso. El hecho en sí muestra una grande riqueza del género humano. Sería muy aburrido si todos se comportaran de la misma manera. Cuando se da el caso que nuestro carácter no es compatible con el del prójimo, lo primero que tenemos que hacer es «saber renunciar al orgullo de tener razón»¹⁸. La actitud de humildad nos hace realmente libres, incluso cuando no logramos tener el mismo punto de vista.

A veces sucede que no se trata sólo de la diferencia de caracteres, sino que entra en juego una verdadera malicia. Lo importante es ser conscientes de que, incluso entonces, somos libres. Para manifestar nuestra libertad podemos optar por un verdadero perdón. San Pablo nos enseña que debemos vencer el mal con el bien (*Rm* 12, 21). Si no perdonamos de corazón nos hacemos esclavos de rencores. ¡Qué bonito ejemplo de perdón nos dejó Jesucristo! Quiere que nosotros también aprendamos a perdonar de la misma manera, que seamos como Él porque «Dios nunca es tan Dios como cuando perdona»¹⁹.

Tenemos que ver las faltas ajenas de diversa manera. Lo que en primer momento nos parece dañoso, a fin de cuenta en la providencia divina resulta algo provechoso. Podemos crecer en paciencia, en comprensión de los demás y en muchas otras virtudes. Es importante entender que el pecado de los demás no nos quita nada.

Sólo cuando dejamos que el mal nos impida hacer el bien, nos dejamos esclavizar, porque de nadie es capaz de quitarnos lo que no se puede quitar. Desgraciadamente a veces sucede que nos rendimos y caemos bajo el peso de las tentaciones. La causa es nuestra naturaleza herida. Pero, a menudo, a esa se añade la culpa de tener poca consciencia sobre nuestra dignidad de ser hijos de Dios. Siendo reyes, hijos del verdadero Rey, no debemos ser esclavos de nadie.

¹⁸ J. PHILIPPE, *La libertad interior...*, 67.

¹⁹ *Ibid.*, 73.

III. EL MOMENTO PRESENTE Y LA LIBERTAD

Después de haber visto brevemente en qué consiste la libertad interior, ahora pasamos a una condición indispensable para vivirla. La libertad sólo se vive en presente. El pasado ya no nos pertenece. Lo único que podemos hacer es aceptarlo tal como ha sido. Podemos e incluso debemos hacer planes para el futuro, pero no tenemos ninguna certeza que se cumplirán. El único momento en el que podemos ejercer nuestra libertad es el momento presente.

En la perspectiva cristiana el momento presente es un momento de gracia, porque «Dios es el eterno presente. Tenemos que convencernos de que cada instante, sea cual sea su contenido, está lleno de la presencia de Dios y supone la posibilidad de la comunión con Dios»²⁰. Si nos sentimos oprimidos, agobiados, en pocas palabras poco libres, es porque no vivimos, en el presente, en esta comunión con Dios que nos hace libre. Sólo el momento presente lleno de la presencia de Dios es fuente de paz y sostén. Si no vivimos en el ahora corremos el peligro de perder el contacto con la realidad. Tarde o temprano, viviendo en el pasado, terminamos llenos de lamentaciones o decepciones; viviendo en el futuro, nos llenamos de temores o de vanas esperanzas.

El principio apenas enunciado tiene en la vida espiritual unas consecuencias importantes. Por un lado los fracasos del pasado pueden hacernos pensar que es imposible alcanzar la perfección, impidiéndonos ver que con la gracia de Dios siempre existe la posibilidad de cambiar nuestras elecciones. Hay que buscar reparar el mal que hicimos, pero muchas veces solamente no podremos más que dejarlo en las manos de Dios. Ocuparse sólo de los problemas de hoy es la solución. Lo dice el mismo Cristo cuando afirma que a cada día le basta su afán (cf. *Mt* 6, 34).

Por otro lado la proyección del futuro, sobre todo cuando sufrimos, nos hace pensar que no seremos capaces sobrellevar tanta cantidad de sufrimiento. Y es verdad porque tenemos sólo la gracia de cargar con el sufrimiento de aquí y ahora. Sucede también que nos proyectamos en el futuro porque esperamos que nos traiga más felicidad. Una actitud de este tipo es sin duda correcta. No obstante, existe peligro que en vez de vivir en plenitud la vocación recibida de Dios pasemos la vida esperando a vivirla²¹. Vivir en el presente nos libera y ayuda al alma confiar totalmente en la fidelidad de Dios.

²⁰ J. PHILIPPE, *La libertad interior...*, 90.

²¹ Cf. *Ibid.*, 101.

«Para que la vida se nos haga soportable, es fundamental ejercitarse en no cargar más que con las dificultades de hoy, entregando el pasado a la Misericordia divina, y el futuro a la Providencia»²².

El momento presente está lleno de gracias. Esperando que venga un tiempo mejor, perdemos de vista la cantidad enorme de gracias que Dios nos quiere ofrecer ahora. Es algo semejante a una situación ficticia, pero que nos puede ayudar entenderlo mejor, en la que estamos en una estación de ferrocarril pequeño y de frente pasan los vagoncitos que debemos llenar con los paquetes. Si nos fijamos demasiado en los que están por venir o en los que ya pasaron dejamos muchos de los que pasan por delante sin llenarlos por ser distraídos con los demás²³.

Para ser libre necesitamos reeducar nuestra psicología. Pocas veces las cosas suceden realmente como las pensamos. Con frecuencia los miedos que tenemos se deben a nuestra imaginación. Esa nos puede apartar de la realidad y consumir las mejores energías. Conviene recordar también lo que ya dijimos antes que el miedo al sufrimiento hace más daño que el sufrimiento mismo.

Una de las cosas que hay que tener también en cuenta hablando del momento presente es la concepción del tiempo. Existe el tiempo que todos conocemos: el tiempo psicológico, el tiempo de la cabeza²⁴. Pero hay también el tiempo del corazón, el tiempo interior. Es ese que descubrimos cuando nos esforzamos de vivir en el presente y en la presencia de Dios. Si el primero se puede programar, dividir en horas y minutos, etc. el otro se nos escapa del control. Sólo lo podemos acoger tal como nos viene dado porque se trata de «los ritmos de la gracia Dios»²⁵. Cuando empezamos a vivir según el tiempo interior experimentamos una verdadera libertad y paz porque vemos que nada sucede como fruto del azar sino que todo es fruto de la Providencia de Dios y su divina sabiduría.

CONCLUSIÓN

«La verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre» (*Gaudium et spes*, 17). Somos libres porque Dios ha querido que lo se-

²² Cf. J. PHILIPPE, *La libertad interior...*, 95.

²³ Cf. T. DĄCZER, *Meditaciones sobre la fe*, 142.

²⁴ Cf. J. PHILIPPE, *La libertad interior...*, 104.

²⁵ Cf. *Ibid.*, 104.

amos. Siendo Amor nos creó libres para que seamos capaces de amarlo. A lo largo de los siglos se nos iba revelando, llegando a la culminación con Su Hijo, Jesucristo. Ahora espera de cada uno que le respondamos a su llamado. En consecuencia, podemos ser verdaderamente libres sólo si creemos, confiamos y amamos a Dios: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»²⁶. Somos su creatura y por ello dependemos totalmente de Él. Pero esa dependencia no es algo que disminuye nuestra libertad porque Dios es su fundamento. Al contrario, sin ella no podríamos ser verdaderamente libres.

Ese es el concepto de la libertad que el P. Jacques Philippe desarrolla en su libro. No es un concepto nuevo. Es el mismo que Cristo predicó en el Evangelio y después tantos santos a lo largo de los siglos. Sin embargo, el grande valor de la aportación del autor consiste en la sencillez y a la vez grande profundidad con que trata el tema. No se necesita conocer voluminosos tratados de teología para poder asimilar las verdades por él descritas y descubrir la belleza de vivir la libertad interior.

El P. Philippe habla de corazón y toca al corazón. Todo lo escrito es fruto de su experiencia personal y de una síntesis profunda de varios tratados de los grandes santos como Sor Faustyna Kowalska, Teresita del Niño Jesús, Juan de la Cruz, Agustín, etc. Gracias a eso sus libros en poco tiempo llegaron a ser muy conocidos en todo el mundo.

El autor nos deja un gran reto: no sólo asimilar mejor lo que es la libertad pero sobre todo vivirla y alcanzar su fruto que es la paz del corazón ya en esta tierra y en el futuro la felicidad eterna en la comunión con Dios.

²⁶ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* 1,1.